

Gustavo Ramírez Torres

Antonio Cándido: singladuras y naufragios de la historiografía literaria latinoamericana en sus inicios

Universidad de Chile

notepiensessinsangre@gmail.com

Al intelectual que afirma escribir únicamente para sí, o por puro afán de aprender o de hacer ciencia abstracta, no se le puede ni se le debe creer.

Edward Said

Trayecto y destino de la historiografía literaria latinoamericana parecen, incluso antes de embarcar una compleja maniobra intelectual, repleta de difusas señas e inciertos ataques teóricos. Por supuesto, esta vacilación permanente de cómo enfrentar la unificación histórica, geográfica, social y literaria de una región dentro de los marcos de un relato multidisciplinar, se encuentra hoy por hoy, sólidamente incorporada al pensamiento crítico de quienes ensayan posibles rutas. En ese sentido, no es del todo atrevido afirmar que las mayoría de las aproximaciones teóricas que abordan la problemática de elaborar una historiografía literaria latinoamericana, a partir de fines del XX y comienzos del XXI, aspira a encontrar tan solo efímeros muelles, en una travesía que es comprendida como un trayecto en permanente construcción, y que legitima su *odisea* sin Ítaca, desde una episteme abierta, donde el periplo es en sí mismo su propio y permanente punto de recalada.

Con todo esto quiero decir que la pregunta y las posibles respuestas que puedan ser formuladas a partir del desafío que suscita esta historiografía propia, se encuentran, aún en la

actualidad, profundamente afectadas por los climas paradigmáticos bajo los que fueron concebidas. De esta manera, parece fundamental revisar las principales corrientes de pensamiento desde las cuales se proyectó y enmarcó la primera avanzada que intentó reflexionar en torno al tema. Este ejercicio, que de alguna forma intenta, retrospectivamente, ordenar el sistema latente empleado por figuras destacadas del campo intelectual latinoamericano (Antonio Cándido en este caso) es decir, indagar las particularidades de una perspectiva de investigación, pretende dar cuenta tanto de los tópicos de mayor relevancia, como de los conceptos más ambiguos o complejos, al momento de plantearse la construcción teórica de una historiografía literaria latinoamericana.

Embarcaciones intelectuales y corrientes teóricas:

Modernismo, posmodernismo y poscolonialismo

Parece imposible lograr una aproximación medianamente exhaustiva al debate acerca de la historiografía latinoamericana, sin abordar algunos de los centros gravitacionales que imantaron la traslación generacional del pensamiento a finales del siglo XX. Esto, no obstante, sin ninguna intención de establecer criterios unívocos, deterministas o causales en el análisis, sino más bien, con la voluntad de expresar aquellas zonas de vínculo, diálogo, o inclusive reapropiación, de los diversos sistemas conceptuales en boga en dicho momento en la escena intelectual global. Es un hecho, en ese sentido, que la discusión, aunque enunciada a principios de siglo por Pedro Henríquez Ureña, posee su verdadero auge discursivo durante las dos últimas décadas de la pasada centuria. En efecto, el inicio de las iniciativas académicas por aventurar algunos parámetros capitales a la hora de trazar los posibles derroteros de una historiografía latinoamericana, se produjo en plena crisis de la modernidad, y por antagonismo lógico, durante la inserción más o menos exitosa de los postulados posmodernos.

La conflictiva relación entre estos dos grandes paradigmas, posee un nivel crítico de magnitudes inabarcables para el presente trabajo. Basta pergeñar, sin embargo, que a pesar de

posturas apostadas en las antípodas de ambas corrientes (Eagleton-Fukuyama), o reflexiones conciliares, a las cuales les cuesta trabajo concebirlas como períodos radicalmente independientes o escindidos (Calinescu-Jameson), ambas formas de hacer hermenéutica histórica se encuentran como paso obligado al momento de encarar la periodización y representación de determinado objeto de estudio. En ese sentido, también es necesario apostillar que a pesar de que “moderno” y “posmoderno” asumen categorías complejas y bastante heterogéneas, dependiendo de los autores, el momento histórico y las resonancias geográficas con que se enarbolan y compongan las tramas teóricas que los sustentan, ya poseen algunas pautas más o menos establecidas de identificación. La fijación de estas características permite una reconocible, aunque superficial y estática, observación de las afiliaciones teóricas a cualquiera de las dos corrientes. Así es como los enfoques que aún perseveran en un análisis de los fenómenos desde perspectivas globales y estructuradas en torno a un eje principal, pero no determinante, como es el caso del económico, dentro de los estudios culturales pertenecientes a la cofradía neo-marxista (Williams, Eagleton, Jameson e incluso Žižek), es tildado de moderno.

Frente a él, se agrupan los intelectuales que reniegan de cualquier núcleo organizador que pueda replicar la jerarquía de las estructuras totalizantes dentro del ámbito del pensamiento. Lo posmoderno convoca dentro de su amplio espectro de significaciones: la certeza de lo inconmensurable fraguada en el posestructuralismo francés; la arbitrariedad del signo; la invención de lo real; la heterogeneidad como máxima elemental; lo multicultural y la absoluta caducidad de los grandes relatos modernos del occidente. En total sintonía con aquellos postulados, la representación artística posmoderna refrenda la exigente catequesis mediante la expresión formal de la decadencia de la gran aporía unitaria de la modernidad, mediante obras polifónicas, híbridas, manieristas, fragmentadas, o con una gran proclividad por el pastiche y la inasibilidad del signo. El último elemento a considerar, dentro de estas importantes corrientes de pensamiento secular, es la perspectiva poscolonial.

Recuerdo que cuando me enfrenté al acopio de material crítico para mi tesis de pregrado, el campo teórico parecía un pasaje estrecho apuntalado por estos dos grandes monstruos de la

academia europea. El Escila posmoderno acechaba con su multiplicidad de extremidades, su caótica e imposible teratología crítica que impedía encarar las estructuras de poder de frente, y por el otro lado el Caribdis moderno succionaba hacia un inevitable centro de instituciones y formas que al menos para mí, se habían tornado súbitamente opacas en cuanto a su real capacidad de interpretar y reivindicar antiguos problemas teóricos y sociales, entre las cuáles la confianza en el Estado y la nación me parecían persistencias erróneas.¹ En medio y apunto de la zozobra de referencias, yo trataba de abirme paso arriba de una débil chalupa de objetos literarios latinoamericanos. A poco recorrer descubrí que modernidad y posmodernidad continuaban participando de la secuencialidad abstracta del tiempo “europeo”, y fue la comprensión del giro epistémico que proponía la crítica poscolonial la que me ayudó a calafatear la nave y avanzar con mayor resguardo, permitiéndome sino sortear los obstáculos teóricos, al menos cartografiar la forma en que las posiciones críticas eran enunciadas.

Si moderno y posmoderno corresponden a categorías históricas evolutivas, lastrando un remanente teleológico positivista y eurocéntrico, donde la línea de tiempo del progreso humano posee la trayectoria y el semblante cultural de una civilización occidental en constante marcha, lo poscolonial descarrila los vagones en favor del espacio como eje estructurante, revelando así la impostura de una temporalidad ordenada por los preceptos del imperio. Es a partir del sustrato geográfico, puesto en relación con la hegemonía, como se desarrolla una hermenéutica histórica, proclive a observar y a definir el propio lugar de enunciación, desarrollando estrategias que incorporan y reformulan a la luz de sus circunstancias particulares, aquellos elementos que puedan modificar la situación de dominación en que se encuentran los territorios arrojados fuera del rédito simbólico y económico del gran vector occidental.

Por supuesto, dentro del pensamiento poscolonial existen diversas posturas, e incluso contrastes y debates intensos, que exponen cercanías teóricas con la modernidad y la posmodernidad, respectivamente. Ecos de la profunda afinidad con el proyecto emancipador

¹ Recuerdo que Jameson, por ejemplo, afirmaba que en Latinoamérica solo se escribían novelas “nacionales”, queriendo con esto implicar el atraso o diferencia de las literaturas posmodernas que se producían en las metrópolis.

moderno poseen, por ejemplo, las obras de Aimé Césaire (probablemente uno de los más señeros e influyentes intelectuales poscoloniales de la primera mitad del siglo XX), José Carlos Mariátegui², Frantz Fanon o Edward Said, mientras que, mucho más vinculados a la línea posmodernista, se encuentran los trabajos de Édouard Glissant, Gayatri Spivak, Stuart Hall, Homi Bhabha o Néstor García Canclini. De todas formas, a pesar de estas heterogéneas afiliaciones teóricas, es imposible que lo poscolonial prescinda en su reflexión y en su determinación crítica, de lo medular que significa para su realización, la problemática acerca de la sujeción metropolitana y sus distintas estratagemas para lograr alcanzar una autonomía plena, dentro de un proyecto de humanismo universal en sus alcances, pero sumamente lúcido y perspicaz en sus ponderaciones de justicia, evaluados en la ineludible materialidad que los impele.

Cándido: cartas de navegación sin remitente

En 1987 Antonio Cándido escribe una muy breve ponencia que esboza algunas ideas que considera centrales dentro del proceso de gestación de una historiografía de la literatura latinoamericana. Al igual que Colón, para continuar con esta alegoría ya visiblemente anclada, Cándido emprende una travesía cuyo verdadero mérito se encuentra más en el arrojo de la empresa que en la obtención de resultados de ésta. La ruta corta para llegar a la India historiográfica de Cándido, lo acaba arrastrando a un oscuro Cipango; un doble espejismo insular. La tarea que emprende no es sencilla, mucho menos si sumamos ciertas inconveniencias formales, como la sucinta extensión del formato de una ponencia y la dimensión oratoria

² He querido extender el rótulo poscolonial hacia autores que rebasan la ya extendida asociación entre este pensamiento y los procesos de independencia tardíos, de los últimos territorios coloniales administrados por los distintos regímenes imperialistas. Esto para superar, sin elidir sus aportes, el anquilosamiento geográfico y temporal del término, y ampliarlo así hacia cierto criterio compartido de análisis que comprende los fenómenos culturales no disociados de la realidad social desde donde emergen y circulan, con un horizonte político decididamente emancipatorio y con una gran capacidad de apropiación y resemantización de la teoría metropolitana, utilizada a favor de las problemáticas locales y regionales de sus respectivas sociedades. Todas estas consideraciones sumadas al vórtice temático, siempre vigilante del sistema global, y de la ominosa situación de las naciones subdesarrolladas o neocoloniales. Visto de este modo, lo poscolonial puede incluir sin problemas a intelectuales como José Carlos Mariátegui, Antonio Cornejo Polar, Walter Mignolo, Aníbal Quijano. Enrique Dussel etc.

agravada por la traslación desde el portugués al español. Su dificultad neural, sin embargo, estriba en el desafío que asume al improvisar en ese esmirriado navío, una ruta hacia el puerto desde donde establecer el tráfico teórico donde arrimar una historiografía literaria latinoamericana genuina. Implícitamente, el planteamiento de las bases de una disciplina vernácula, supone la originalidad y la identidad del proyecto en términos excluyentes, de otros proyectos y otras identidades establecidas también con parámetros similares de autenticidad y singularidad (no cabe duda que es Europa el gran paradigma que encarna la necesidad de construir este si no nuevo, al menos distintivo, horizonte disciplinar de trabajo a nivel latinoamericano).

Cándido aborda el problema desde dos ángulos o ejes analíticos, no sin antes advertir que ambos penden de la polea perspectivista de su propio Brasil natal. El primer enfoque es desde las “raíces”, es decir, desde donde el autor ubica el periodo histórico de conformación de una literatura latinoamericana. El segundo dice relación con qué literaturas ha de considerar en el análisis. La respuesta de este último corte continúa la coherencia jerárquica, casi arbórea y ascendente del primero: la literatura “cultura” o “canónica”. Desde ese terreno metodológico básico, el autor nos advierte su intención de lograr ciertas extrapolaciones del espacio brasileño al latinoamericano en general: “Me parece que la historicidad específica de los hechos literarios en América Latina confieren a estos hechos algunos trazos de especificidad que los diferencian de los de las literaturas europeas.” (Cándido 168).

Más vale detenerse un momento aquí para poder examinar cuál es la estructura latente que Cándido utiliza para sistematizar su exposición. La primera es una opción notoriamente genésica. Al fijar una eclosión primigenia de la literatura latinoamericana acuñada bajo el término “raíces” el intelectual brasileño sugiere un periodo iniciático, en un momento dado de la historia cultural de nuestro continente, además de insinuar un devenir correlativo con ese sustrato singular desde donde se inicia y proyecta el tramo histórico que establece. Esta forma unidireccional de comprender la historia, percute una munición que consigue su peso e impacto a través de una homogeneización que cohesiona y posibilita la estabilidad de su trayectoria. Lo moderno se

manifiesta así, en la concepción de una identidad, idéntica a sí misma, que posee una esencia propia y excluyente, y que por lo tanto, para existir en su constitución particular debe ser contrastada con “otros” sistemas que puedan diferenciarse de manera conclusiva con el suyo.

Este devaneo implícito con la heurística por medio del hallazgo de una literatura latinoamericana ontológicamente diferenciada con la europea, provoca a su vez, una segunda disección, esta vez exógena: de un lado la gran literatura canónica europea, cuya similitud impone una permanente tensión dentro de este esquema autónomo, y de otro, la amplia y múltiple gama de literaturas vernáculas. A pesar de su evidente polarización dentro de la escala valorativa, tanto lo “europeo” como lo “no canónico o culto” en la literatura latinoamericana, son los puntales que permiten la legitimidad del proyecto de Cándido. Es decir, para que exista la literatura latinoamericana en que Cándido cree ver un clivaje prístino, constante y proyectivo, es necesario contraponerla a otro gran relato que posea el mismo status que el que busca arrogarse, para de esta manera obtener su validación estructural. Este “otro” anterior, realizado y superlativo sistema, que podríamos llamar literatura europea, se encuentra subrepticamente nutrido por un sin fin de referencias culturales mayores, que reunidas y en su conjunto, forman el cariz del gran legado cultural de occidente.

Desde el otro ángulo, lo “no canónico” corresponde a lo informe, lo insustancial y lo efímero, lo oral; plural y caótico, en otras palabras, todo lo que no corresponde al marco aspiracional que constituye la gran literatura europea. Ahí es donde la segunda de las delimitaciones teóricas de Cándido adquiere significado, pues si las “raíces” logran establecer un categórico génesis, la delimitación de literatura “culto” consigue desnudar cuál es el arquetipo detrás de la matriz fundacional expuesta por Cándido. Una prueba patente de esto se encuentra en la certeza que el autor expone, acerca de la supuesta adopción de los componentes étnicos y populares de Latinoamérica por la literatura culto, de haber sido conquistados un par de siglos antes:

Si por acaso Brasil, Argentina, hubieran sido descubiertos el siglo XIV hubiéramos podido recoger una literatura muy marcada por valores populares, de los autos, de los cancioneros, de todo eso, pero no, nosotros fuimos conquistados en un momento de casticismo excepcional [...] (Cándido 169).

El autor clausura cualquier suspicacia crítica, y considera este trasegar una cultura dominante, que imagina homogénea y previsible, sobre otra, la indígena o afrodescendiente, como un acto sumamente sencillo. Lo más importante, sin embargo, es la convicción sutilmente expresada en esta observación, de que es el tiempo de Europa, macizo, hierático, omnívoro, el que determina su inexpugnable cause al resto de los pueblos, sin que estos tengan ni la más mínima capacidad de resistencia o agencia. Por tanto y en conclusión, los conceptos “raíces” y “canónico” se encuentran así, estrechamente involucrados en un mismo flujo ideológico.

Avanzando en el análisis, el siglo que Cándido postula como liminar en la adopción e incorporación a la producción literaria “universal” dentro del continente es el siglo XVIII. Todos los ejemplos, salvo uno que otro nombre coetáneo (que tácitamente confirma la continuidad de su propuesta), pertenecen a este periodo. Serán tres los conceptos que adquirirán un carácter identitario, al momento de establecer parámetros de excepcionalidad en las expresiones literarias latinoamericanas. Estos serán: la historicidad, la ruptura y la ambigüedad. Subsumidas a esas tres lógicas de pertenencia, Cándido irá amoldando los ejemplos literarios del siglo XVIII, para construir esta efigie continental.

La historicidad, nos explicará el autor, se refiere al temprano surgimiento de una conciencia por parte del escritor, respecto a su propio papel dentro del desarrollo del imaginario nacional latinoamericano. Advierte Cándido, eso sí, que no debiésemos confundir esa fuerte ligazón y compromiso del intelectual con la nación, con la afiliación política particular de los autores (David Viñas y Jorge Luis Borges serían igual de comprometidos con la construcción de la nacionalidad argentina, nos señala el autor). Este vínculo entre escritor y nación, permite que cada obra realizada en nuestro continente posea esa historicidad profundamente arraigada y específica, que Cándido signa como elemento primordial en la caracterización de su propuesta.

Sin embargo, si hemos de seguir las reglas en curso que nos propone Cándido, no podemos adscribir esta hipótesis, sin antes comprobar su verdadera autonomía frente a la literatura europea. Debemos asumir entonces que no existieron ni sarracenos en los cantares de gesta, en función del imaginario de una cultura cristiana occidental, ni güelfos y guibelinos en la *Divina Comedia*. Y ni siquiera vale la pena comenzar a nombrar a los autores decimonónicos.

Lo endeble, no obstante, en esta argumentación a favor de la “historicidad” dentro del esquema de Cándido, no es tan sólo la insolvencia del postulado, sino también la importancia acrítica que asigna a la nación dentro de la literatura latinoamericana. Efectivamente, es ineludible que el siglo XIX es la centuria de los estados nacionales, y que la literatura contribuye enormemente a crear el soporte cultural y la impronta esencialista que configuran su unificada y grandilocuente estampa. No obstante, parece imposible obliterar construcciones simbólicas tan determinantes para la conformación del sujeto moderno durante el siglo XX, como las de clase, étnicas o de género (o la combinación de cada una de ellas en determinados grupos y consignas). Esto último, considerando los grandes movimientos, asonadas y discursos sociales latinoamericanos, siempre en permanente diálogo con aquellas bases discursivas y contrahegemónicas. Esto ocurre porque el concepto que utiliza Cándido de nación, se encuentra convenientemente adherido al de Estado. De este modo, el intelectual brasileño ocupa como una inmejorable plataforma de arranque esta noción tradicionalista, europea, decimonónica y poco conflictiva de la nación como espacio abstracto y neutral, donde los demás actores, (especialmente los literatos latinoamericanos, de ahí la pertinencia del concepto de “historicidad”) se desenvuelven e inciden débilmente sobre ella, sin importar sus afiliaciones ideológicas, sus condiciones materiales, étnicas o de otra *clase*.

Aún si en defensa de Cándido reclamásemos atenernos al marco expuesto por éste desde un principio, de sólo tratar las raíces del siglo XVIII y cómo a partir de ese siglo, dentro de la literatura culta, comienza un proceso de escisión con la matriz literaria europea, habría que citar a Guamán Poma un siglo antes para contradecir al menos el criterio de origen, y quizás también aquel que ve lo canónico como un trasunto prolijo y formal de los trazos metropolitanos. Porque

si una cosa es absolutamente rotunda en el análisis de Cándido, es su perspectiva mimética al momento de observar los fenómenos literarios que señalan la composición distintiva de las obras latinoamericanas que analiza (una perspectiva que forma parte del mismo esquema, binario, determinista y apriorístico, que utilizó para afirmar que de ser conquistados durante el siglo XIV también hubiésemos desarrollado una literatura de corte popular).

Basta revisar algunos de los ejemplos con que ilustra los rastros que la “historicidad” deja durante el siglo que revisa. Los poetas bucólicos brasileños del siglo XVIII, que componían en el lenguaje del conquistador formas metropolitanas como epitalamios, églogas y sonetos, son según el autor, las primeras manifestaciones literarias latinoamericanas al incorporar el referente natural y territorial a sus creaciones. Es decir, cuando la realidad local permea la escritura poética, la historicidad se manifiesta. En ese sentido, si la naturaleza brasileña se encuentra descrita dentro de un poema bucólico, esa descripción lírica, ya no pertenece a la literatura europea, sino a la latinoamericana. Por supuesto, es difícil discutir con esa sencilla y contundente fórmula (de cierta manera todo podría caber bajo esa máxima, ningún referente es representado de manera idéntica a otro, ni siquiera el Quijote de Menard al parecer). Sin embargo, basta someter a la unidad europea, que funciona como ya lo hemos indicado, como contrapuesto contrastante, al mismo criterio, para descubrir que la mimesis no puede constituirse como elemento neural de un sistema independiente, puesto que la representación del paisaje británico y el francés en distintas obras, suscitarían una duplicación de resultados que anularía tanto la base distintiva atribuida a la literatura latinoamericana, como la supuesta homogeneidad de la europea. Lo mimético multiplica las variables, instaura una heterogeneidad caótica de representaciones, además de atar la literatura con la geografía del mapa político, sellando su destino a los designios del Estado nacional.

Cándido avanza en su argumentación exhibiendo las dos opciones que tenemos para observar y entender los fenómenos literarios en nuestro continente. Por un lado, podemos optar por un posicionamiento de dependencia, es decir, la literatura como prolongación de las literaturas metropolitanas, o, en el otro extremo, la literatura como ruptura con dichas tradiciones

literarias. Ante ese panorama, el autor opta por una posición dialéctica, en que a pesar de la tensión inherente entre ambos polos, va a inclinar su postura hacia una visión rupturista. Esta ruptura o búsqueda de originalidad respecto a los modelos europeos es el segundo rasgo distintivo que posee la literatura latinoamericana. Al igual que con el concepto de “historicidad”, Cándido formulará el de “ruptura”, para otorgar a la literatura del siglo XVIII su objeto de análisis, la legitimidad genésica, de ser una forma de creación, que aunque artificiosa y visiblemente heredada del viejo continente posee la virtud de igualar el lenguaje del conquistador. Habría que agregar de paso, que se iguala para volver a conquistar, tal como lo analizó Ángel Rama, en su ya clásica obra *La ciudad letrada*.

Importante ejemplo dentro de este segundo concepto es la escritura de metamorfosis ovidianas por parte de poetas brasileños, que permiten la ruptura con el original antiguo, al crear atávicas narraciones mitológicas, donde tal o cual doncella, termina convirtiéndose en una montaña, una cascada, un árbol, o cualquier hito geográfico reconocible en el espacio propio. Sin dejar de reconocer el carácter fuertemente empoderado, hispanizante y elitista de las literaturas del XVIII, Cándido recurre a un nuevo y último concepto para zanjar esta nueva arista, notoriamente paradójica, que presenta una literatura vernácula, con trazas de independencia y conciencia nacional, que sin embargo, al mismo tiempo, forma parte de estructuras oficiales y hegemónicas de carácter europeo. Esta tercera característica, casi una dimensión ética dentro del periplo conceptual que esboza el autor, es la “ambigüedad”.

A lo menos forzados resultan los últimos ejemplos que ocupa Cándido para refrendar la pertinencia de esta categoría, que cierra su trinidad teórica. Uno de ellos son dos poemas que tienen como finalidad celebrar la conquista de Uruguay (1769) bajo la tutela del conde de Bobadela. Una de las prerrogativas políticas del texto según Cándido, es disputar discursivamente la primacía jesuita en el territorio conquistado, y para eso se necesita enarbolar la defensa indígena, contrastándola con el maltrato infligido por dicha congregación católica. A pesar de la sencillez de estas tareas retóricas por parte de los poetas: loar el ascenso del conde sobre la reciente anexión, vilipendiar a los jesuitas, y justificar esa injuria mediante la figura del indígena,

tanto como promesa de reposición del nuevo régimen, como argumento punitivo del anterior, Cándido señala que persiste una visión peyorativa, sumamente poco estratégica, del aborigen. La ambigüedad entonces, sería este conflicto entre la intención explícita y la estructura profunda. Es decir, la intención explícita para el intelectual portugués corresponde a la defensa de los indígenas, y sin embargo, el resultado en la estructura profunda es de forma invariable, la inferiorización del sujeto social a quien se dedicaba la égida. Como se puede observar, la ambigüedad es sumamente ingenua, y hasta cierto punto artificial, si despejamos de la dialéctica la tesis que taxativamente se nos ha impuesto. Si descartamos la “defensa del indígena” como elemento primordial en la intencionalidad del texto y lo tomamos como una más de las aristas que componen la disputa de poder entre dos bandos pertenecientes a la gran empresa de la conquista, podríamos apreciar que la ambigüedad no es tal, y que, al revés, no existe contradicción dentro de la ideología compartida y europeizante respecto al trato despectivo, o paternalista en el mejor de los casos, para con el indígena.

Lejos de los ejemplos, me parece que la ambigüedad busca responder a la paradójica relación que cree ver Cándido, entre el escritor latinoamericano y los medios metropolitanos de producción. La aporía se halla, sin embargo, en la concepción anacrónica de este sujeto, retratado en un trance agónico, inmerso en una abstrusa pugna con su incipiente conciencia nacional; un personaje problemático, tan subordinado y sufriente como un empresario pagando impuestos. Lamentablemente, la gran mayoría de la literatura “cultura” en Brasil, incluido el resto de Latinoamérica, durante el siglo XVIII y durante varios siglos después, nunca sufrió tal contradicción al momento de representar a la barbarie circundante desde el promontorio boato donde siempre se apostó, sintiéndose más una partícula exiliada de la civilización occidental, un lastimero expósito, que un contrariado y autóctono artista.

Conclusión: Cándido un puerto de paso

En conclusión, la ponencia de Antonio Cándido da cuenta de la complejidad teórica que suscita estructurar en términos rígidos y totalizantes la experiencia ética y estética de la literatura latinoamericana. Vista desde acá, la propuesta del intelectual brasileño carece de solidez, al pergeñar un semblante cultural latinoamericano sobre basamentos frágiles y cuestionables de singularidad y comunión regional. Desde la selección de perspectivas hondamente metropolitanas como la de “raíces” y la de literatura “cultura”, hasta el ensayo de una especie de silogismo fundado en la historicidad, la ruptura y la ambigüedad, como los tres aspectos constitutivos de una dinámica literaria distintiva y regional, rezuman un empeño encomiable, aunque erróneo, de dar envergadura y talle al estudio historiográfico latinoamericano. Quizás uno de los defectos más flagrantes sea la equívoca interpretación de la literatura y la historia en términos simétricos, elidiendo el factor social y las estructuras de poder de las que forman parte, y aceptando además el gran relato europeo como principal pilastra para sostener su hipótesis. Irónico, o incluso sintomático, es que Cándido, que ve en la literatura del siglo XVIII, una copia de las formas que se practican en la metrópolis y por lo mismo un primer paso hacia la madurez y la autonomía, repita, a más de dos siglos de distancia, el mismo remedo de ciertos presupuestos del pensamiento occidental más contumaz y dominante.

Quizás debamos ser indulgentes y reconocer en Cándido y en la historia intelectual latinoamericana, al igual como él lo hizo con la literatura culta del siglo XVIII, uno de los aportes de la crítica académica del pasado siglo, que comienza a igualar el pensamiento de los centros hegemónicos que continúan dominando su escena, y de los que en algún momento, nuestro pensamiento, nuestros cuerpos, nuestro trabajo, nuestra humanidad plena, logrará emanciparse sustantiva y sustanciosamente.

Cornejo Polar y Ana Pizarro: Posdata para aprender a calafatear la nave

Mientras no sepamos cómo funciona socialmente la literatura latinoamericana será prácticamente imposible comprender con rigor el sentido de su desarrollo histórico y hasta sus manifestaciones textuales concretas.

Antonio Cornejo Polar

De modo, aunque sea adjunto, es necesario merodear los contornos de alguna solución al problema. Con Cándido aprendimos que existe un ineludible empeño por dar alcance a las orillas de un territorio teórico propio en la historiografía literaria. He ahí un criterio insoslayable, pues si se ha de agregar el topónimo continental “latinoamericano” a la historiografía literaria, eso debe significar que existe una serie de condiciones que hacen de esta disciplina en ciernes un conjunto de saberes cualitativamente distintos. Pero, ¿qué es eso? Ana Pizarro opina al menos que:

Por una parte la pluralidad cultural de América Latina, por otra la pluralidad lingüística, la multiplicidad de países, así como la especial inserción que tiene su literatura en tanto que producción de un continente de estructura económica y social dependiente de las áreas metropolitanas y su inserción con las demás literaturas en general, exigen que nuestra percepción del continente como totalidad, es decir, en los diferentes niveles de sus contradicciones y sus convergencias sea visto en una perspectiva comparativa. (Pizarro 14).

Lo evidente es que no sólo el objeto “literario” debe ser diferente, sino también la perspectiva de análisis. Pizarro se inclina por un comparativismo que sea capaz de pensar la heterogeneidad constitutiva latinoamericana en términos de totalidad. Antonio Cornejo Polar, ínclito pensador peruano y epígono del brillante intelectual marxista José Carlos Mariátegui, llega a una conclusión similar ya en 1982. Para empezar, Cornejo Polar concibe la labor del crítico de manera activa y no como mero observador de los fenómenos sociales e históricos que investiga. Si la literatura no está fuera del mundo, si el crítico tampoco lo está y si ambos quehaceres se

desarrollan dentro de un espacio histórico susceptible a cambios, reformas y revoluciones, existe un compromiso ético y político de producir un conocimiento funcional, cercano a la noción de intelectual orgánico expuesta por Antonio Gramsci:

Mucho se pierde si el rigor científico ilumina niveles finalmente accesorios, dependientes, y elude una y otra vez lo que es el fundamento de la literatura: su condición esclarecedora de la aventura terrena del hombre. Se trata de afirmar lo que no debería haber dejado de ser evidente: las obras literarias y sus sistemas de pluralidades son signos y remiten sin excepción posible a categorías supraestéticas: el hombre, la sociedad, la historia. (Cornejo Polar 10).

Polar parte por dismantelar la idea de “unidad”, como una categoría inocente y metodológicamente gratuita. Lo “uno” que Cándido vislumbra en lo “canónico o culto” provoca para Cornejo Polar una jerarquía cuyos márgenes los ocupan manifestaciones “menores”, que replican la estructura social desde donde se enuncian. Lo indígena, lo popular, lo afro quedan relegados así a comparsa de las lógicas occidentales de superioridad simbólica, asumidas y oficializadas por los mecanismos homogeneizantes de las distintas burguesías nacionales. A la unidad, el autor contrapone la totalidad, donde lo heterogéneo logra visibilizar sus diversas expresiones textuales u orales. Pero eso no es todo, Polar conoce bastante bien las corrientes de pensamiento crítico en boga, y evita que la heterogeneidad se desate en un caos voluble, incapaz de alcanzar la sistematicidad necesaria para llegar a elaborar una respuesta política a la crisis social de la que surge la representación literaria. La “Historia” es el tercer término que operará de síntesis dinámica entre la tesis “totalitaria-heterogénea” y la antítesis “unitaria-homogénea” que será capaz de fulgir sobre las operaciones hegemónicas que se encuentran operando en dicha tensión. Verbigracia de su propuesta, es la literatura escrita durante la conquista, donde es posible reconocer entre otras: a) una literatura indígena; b) una literatura hispánica de descubrimiento y testimonio; c) una literatura popular española, escrita por desengañados soldados; d) una literatura moralista que cuestiona la empresa sanguinaria de la conquista ... y así sucesivamente (ver Cornejo Polar 49). Al ser la historia, comprendida en toda su complejidad, un eje cenital en

la metodología crítica, permite articular los fenómenos textuales, supratextuales y extratextuales, de forma no tan solo rigurosa, sino reflexiva y combativa.

Para terminar, el aporte de Cornejo Polar posee el mérito de no anquilosar sus premisas, sino trasladar su armazón teórico hacia otros contextos, sin dejar de cuestionar la base social de los fenómenos culturales. Es así como la literatura caribeña, durante el periodo neoliberal y de las postdictaduras insulares de las últimas décadas, junto a otras variables regionales relevantes, debiera ser capaz de registrar una heterogeneidad literaria que incluya a) la literatura nacional escrita en lengua vernácula, b) la literatura nacional escrita en lengua metropolitana, c) la literatura diaspórica escrita en lengua materna etc. y sus respectivas afiliaciones ideológicas, en uno de los tantos criterios que se pueden dilucidar bajo el enfoque histórico y total que propone Cornejo Polar.

Bibliografía

Cándido, Antonio. “Literatura e historia”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 168-173.

Pizarro, Ana. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, D.F.: El Colegio de México, 1987.

Polar, Cornejo. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ed. de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajarar, 2004.